

LAS COMUNIDADES UTÓPICAS EN LA HISTORIA RECIENTE DE ESPAÑA

UTOPIAN COMMUNITIES IN THE RECENT HISTORY OF SPAIN

Pedro José Mariblanca Corrales

 <https://orcid.org/0000-0003-0111-3827>

Universidad Autónoma de Madrid, España.

E-mail: pedro.mariblanca@uam.es

DOI: <https://doi.org/10.36132/b9kxmv52>

Recibido: 23 febrero 2023 / Revisado: 14 agosto 2023 / Aceptado: 09 septiembre 2023 / Publicado: 15 febrero 2024

Resumen: A partir del último tercio del siglo XX aparece en España un nuevo agente histórico, las comunidades utópicas, un diverso conjunto de iniciativas alternativas motivadas por la vida en comunidad y la búsqueda y el desarrollo de diferentes utopías en los territorios en los que se asientan. Estas experiencias comenzaron a crecer progresiva y cualitativamente, generando una gran variedad de formas de ser-pensar-hacer para afrontar los problemas del contexto de la globalización. El fin del presente artículo es analizar las principales líneas de pensamiento y acción de estas propuestas y su evolución en la historia reciente del estado-nación español.

Palabras clave: comunidades utópicas, comunidad, utopía, comunitarismo, utopismo

Abstract: From the last third of the 20th century, there is a new historical agent in Spain, the utopian communities, a diverse set of alternative political, economic, social, and cultural initiatives motivated by life in community and the search and the development of different utopias in the territories where they are. These experiences began to grow progressively and qualitatively and provided a great variety of forms of being, thinking and acting to face the problems in the context of globalization. The purpose of this article is to analyse the main lines of thought and action of these proposals and their evolution in the recent history of the Spanish nation-state.

Keywords: utopian communities, community, utopia, communitarism, utopianism

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto UtopiAtlantica (Utopías trasatlánticas: imaginarios alternativos entre España y América, siglos XIX-XX) del Plan Estatal de Investigación Científica, Técnica y de Innovación (AEI), 2022-2025 (PID2021-123465NB-I00).

INTRODUCCIÓN

A diferencia de territorios como Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, donde la genealogía de las comunidades utópicas no ha dejado de crecer desde el siglo XIX, con varias etapas realmente prolíficas en su evolución —como la segunda mitad de dicho siglo y la segunda mitad del siguiente—, la historia de las utopías comunitarias en España no eclosiona hasta el último tercio del siglo XX.

El incipiente cooperativismo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX y las colectividades urbanas y agrarias que se llevaron a cabo en gran parte del país entre el verano de 1936 y el otoño de 1938 fueron un gran acicate en el desarrollo de utopías comunitarias en España. Sin embargo, debido al triunfo del fascismo en la guerra civil española y la consecuente dictadura de Francisco Franco, el devenir de las utopías en comunidad en territorio español se vio drásticamente interrumpido. Hasta que en la última etapa del régimen franquista y, sobre todo, tras ella, el utopismo comunitario —la intención de materializar diferentes utopías en comunidad— entra en una fase de desarrollo progresivo por la cual las experiencias adscritas al mismo aumentan su presencia en numerosas regiones del país gracias, en gran parte, a la caída del régimen franquista, al proceso de modernización que culminó el estado español con su transición a la democracia, a las luchas sociales de la época y a la explosión de la contracultura en los últimos años de la década de 1970.

Primero, a finales de la década de 1960 —e incluso antes—, fueron los asentamientos hippies, luego, desde finales de esa década y experimentando un gran crecimiento en la década de 1970, las comunas urbanas, seguidas después por las comunas rurales, en la década de 1980, prácticamente de forma paralela al desarrollo del movimiento de okupación en el país, secundado por las experiencias que empezaron a surgir a partir de la década de 1990, entre las que destacan aquellas que comenzaron a conocerse como comunidades sostenibles, ecoaldeas y comunidades intencionales, junto a las primeras iniciativas del cooperativismo de vivienda —comúnmente conocido como *cohousing*—. Y así, a pesar del “retraso” histórico de España con respecto a la presencia de utopías comunitarias en su territorio, el país se convirtió pronto en uno de los principales laboratorios del comunitarismo utópico de la historia reciente.

1. COMUNIDADES UTÓPICAS

Comunidades utópicas son aquellas iniciativas sociales que nacen de la asociación libre, voluntaria e intencional de sus integrantes, que pretenden alcanzar y desarrollar en ellas, con mayor o menor éxito, diferentes utopías con una economía, unas políticas, unas relaciones sociales, una convivencia, una cultura y unas formas-de-vida alternativas a las de la sociedad del contexto en el que surgen¹.

Mayoritariamente ideales e irrealizables —que no imposibles— en el momento de su formulación y su puesta en marcha, estas experiencias, “en proyección, reivindicación o revisión constante”², son utópicas porque se conciben como proyectos perfectos y justos, atrayentes y beneficiosos en los que se ensayan y se ponen en práctica movimientos e ideologías de vanguardia que buscan, más allá de perdurar en el tiempo y ser autosuficientes, participar activamente en el devenir de su contexto. Y comunitarias porque están compuestas por personas que se organizan colectivamente para dar satisfacción a una serie de necesidades materiales, sociales, culturales, políticas, económicas y espirituales que la sociedad hegemónica en la que se insertan no puede cubrir.

Son “islas ‘artificiales’ donde priman expresiones de autonomía, inconformismo y libertad”³. Utopías reales⁴ en movimiento permanente, con numerosos avatares a los que hacer frente, adaptándose constantemente a los contextos espacio-temporales en los que se desenvuelven.

“Una muestra, o al menos un intento, de revitalizar el concepto de *communitas* en una ‘modernidad’ caduca y necesitada, según sus miembros, de nuevos valores solidarios y éticos ante los retos y problemas ecológicos de la era posmoderna”⁵.

¹ Peters, Volker y Stengel, Martin, *Eurotopia directory: Intentional Communities and Ecovillages in Europe*, Beetzendorf, Ökodorf Sieben Linden, 2005, p. 14.

² León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas. Perspectiva comparada de proyectos alternativos para un planeta finito* (Tesis Doctoral), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2018, p. 57.

³ *Ibid.*, p. 48.

⁴ Wright, Erik Olin, *Envisioning real utopias*, Londres, Verso, 2010.

⁵ León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas...* op. cit., p. 45.

Y todas ellas, a pesar de la gran variedad de experiencias, se guían por principios basados en la libertad, la igualdad, el consenso, la horizontalidad, la vida comunitaria y la cultura libre; funcionan y se organizan colectivamente a través de la cooperación y el apoyo mutuo; y buscan ser autosuficientes, autónomas, sostenibles y respetuosas con el medio ambiente.

2. BREVE HISTORIA DE LAS COMUNIDADES UTÓPICAS

Generalmente, la mayoría de los trabajos en torno a la comunidad y la utopía coinciden en la idea de que el comunitarismo utópico tiene un largo recorrido histórico⁶. Hasta el siglo XVIII —e incluso en plena evolución de la historia contemporánea—, “se trataba de minorías religiosas que intentaban sobrevivir en contra o camufladas entre la normalidad existente a costa de cualquier tipo de requisito previo o tributo”⁷, si bien a partir de dicha centuria, y debido a la progresiva interconexión de gran parte del planeta, crecieron en número y presencia geográfica, especialmente en América —sobre todo en Estados Unidos—, donde la creación de utopías comunitarias para vivir de forma alternativa y al margen de las grandes transformaciones históricas ha sido una constante desde entonces.

Así, el comunitarismo utópico que empieza a gestarse en la última gran etapa de la Historia, y más concretamente el que se desarrolla durante el siglo XIX, se convierte en uno de los grandes pilares de las comunidades utópicas de la historia reciente. Porque los cambios que éste experimentó a partir de dicha centuria, con aventuras utópicas que se caracterizaron por su secularidad, por la ausencia de principios religiosos en su motivación, por su humanismo y por la búsqueda de una mayor justicia social⁸, y la creciente movilización de la clase trabajadora —a través del sindicalismo, el asociacionismo, el cooperativismo y la lucha social—, fueron determinantes en la conformación teórico-práctica de las utopías comunitarias de la historia actual, en tanto en cuanto sentaron las bases de sus principios y su praxis.

⁶ Sargent, Lyman, “The Three Faces of Utopianism Revisited”, *Utopian Studies*, 5 (1994), pp. 1-37.

⁷ León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas...* op. cit., p. 73.

⁸ Escorihuela, José Luis, *Camino se hace al andar. Del individuo moderno a la comunidad sostenible. Manual para transicioneros*, Samos, Editorial Nou, 2008, p. 12.

La experiencia de estas iniciativas, comúnmente basadas en la vida en comunidad, organizadas horizontal, autónoma y cooperativamente en términos políticos, económicos, sociales y culturales, respetuosas con el medio ambiente y situadas en los márgenes de la sociedad y del contexto en el que se desarrollan, enseñó que, más allá de los problemas y las dificultades particulares de cada experimento, la utopía en comunidad era posible, allanando así el camino del comunitarismo utópico posterior en numerosos aspectos.

Y aunque gran parte de las comunidades utópicas que se crearon a lo largo del siglo XX diferían bastante de ellas⁹ y desconocían de la existencia de las mismas¹⁰, su conexión con la tradición de estas utopías comunitarias fue, sin embargo, estrecha, como demostraron los investigadores que comenzaron a estudiar este tipo de entramados comunitarios de forma paralela a la fase de crecimiento exponencial que experimentaron los mismos a partir de la segunda mitad de dicho siglo¹¹. Porque existe una correa de transmisión entre las experiencias decimonónicas y las del siglo XX, que a su vez están íntimamente ligadas

⁹ Si las comunidades utópicas del siglo XIX eran grandes grupos basados en un liderazgo fuerte, las de la segunda mitad del XX son pequeñas y anárquicas; si las primeras estaban altamente estructuradas, las segundas son deliberadamente no-estructuradas; si las primeras se alejan lo máximo posible del orden hegemónico por el que se rigen la sociedad y el contexto de los territorios en los que se desarrollan, las segundas tomarán también distancia con ambas realidades pero incrementarán su presencia e intervendrán más en ellas —en tanto en cuanto son consecuencia y resultado de las mismas— y si los marcos teórico-prácticos de las primeras estaban profundamente determinados por las grandes corrientes ideológicas que surgieron con la incipiente movilización obrera, los de las segundas contarán con un conjunto de referentes de pensamiento y acción mucho más diverso, marcado por las nuevas luchas sociales de su época y los crecientes debates intelectuales en torno a su naturaleza, sus fines y los medios —tanto aquellos a los que recurren como los que desarrollan directamente— para alcanzarlos.

¹⁰ Pro, Juan, “Por una historia de las comunidades utópicas: lo que le debemos al ‘socialismo práctico’ de Cardias”, *Congreso internacional Comunidades intencionales: utopías concretas en la historia*, 2021 (Madrid, Centro Cultural La Corrala, 25-27 de octubre 2021), p. 1.

¹¹ Holloway, Mark, *Heavens on Earth: Utopian Communities in America, 1680-1880*, Massachusetts, Courier Corporation, 1966.

a las del siglo XXI. Una tendencia histórica que conecta las colonias religiosas, las primeras colonias de trabajo y las primeras cooperativas del siglo XIX con las comunidades religiosas y seculares de principios del siglo XX, las múltiples experiencias comunitarias que empezaron a surgir en nuevos territorios –como Oceanía¹², América Latina¹³ y Asia¹⁴– y la gran ola de iniciativas comunitarias que se desarrollaron a partir de los años 50, gracias al impulso de la contracultura, y que hicieron de bisagra entre las utopías comunitarias tradicionales y las comunidades utópicas de la historia reciente, bastante similares a sus predecesoras a pesar de las numerosas diferencias con ellas.

Los kibutzs –cuya historia comienza en 1909 con Degania–, las comunidades de artistas de las décadas de 1920 y 1930, los grupos de personas que empezaron a considerarse comunidades intencionales, las comunas de la contracultura –urbanas y rurales– que se crearon en las décadas de 1950 y 1960, las experiencias okupas que empezaron a proliferar a partir de la década de 1970 y crecieron sobremanera en la de 1980, como las cooperativas de vivienda, y las iniciativas que comenzaron a definirse como comunidades sostenibles y más tarde como ecoaldeas, a partir de la década de 1990, son utopías comunitarias heredadas de las comunidades utópicas del siglo XIX. Como el ecologismo, el cooperativismo, la horizontalidad política, la cultura libre, la vida en comunidad y las prácticas alternativas que desarrollan para ser autónomas y sostenibles, formas de pensamiento y acción propias también de las comunidades utópicas del siglo XIX, pero adaptadas al siglo XX primero y al XXI después, como nos muestra, por ejemplo la relación de las utopías comunitarias de la historia reciente con los movimientos sociales, las luchas por los derechos humanos o el decrecentismo frente al desarrollo infinito del sistema capitalista por el que se rige el contexto global actual.

3. COMUNIDADES UTÓPICAS EN LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA

La lenta y convulsa transición del Antiguo al Nuevo Régimen; las luchas entre el liberalismo, el absolutismo y el conservadurismo; los vaivenes de la monarquía en un estado-nación bajo amenaza constante de levantamiento militar y el acceso tardío a los grandes avances industriales de la época ralentizaron en España la modernización en la que se vio envuelta gran parte de Europa occidental en el siglo XIX, lo cual imposibilitó, prácticamente hasta finales de dicho siglo, la propagación por el país de las corrientes de pensamiento y acción alternativas que surgieron en esta centuria, a las que sólo accedió una pequeña parte de la alta sociedad.

En un contexto así, el comunitarismo en la España de este período seguía siendo estrictamente tradicional, sustentado por la gran cantidad de territorios –la mayoría compuestos por pequeños, muy pequeños, núcleos poblacionales– que no se adscribieron, o lo hicieron de forma tardía, a los grandes cambios que se dieron en el país entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX¹⁵. Y las utopías y el utopismo –como posición crítica frente al presente y sus problemas que plantea la creación de alternativas al mismo– fueron terreno exclusivo de las élites nobiliarias, aristocráticas y burguesas¹⁶.

Además, al ser un país periférico en el desarrollo de las principales corrientes contestatarias que se crearon para hacer frente al régimen liberal dominado por las nacientes élites financieras del siglo XIX –entre las que destacan el socialismo, el comunismo y el anarquismo–, todas ellas de vital importancia para la construcción de utopías comunitarias, la presencia de éstas en España fue prácticamente nula hasta el último tercio del siglo XX.

Hubo varios intentos por sacar adelante diferentes comunidades de trabajo según los principios del socialismo utópico, el asociacionismo y el cooperativismo, que se convirtieron en el principal impulso del utopismo y el comunitarismo en

¹² Metcalf, Bill, *Shared Visions, Shared Lives: Communal Living Around the Globe*, Forres, Findhorn Press, 1996.

¹³ Bohovslasky, Ernesto y González de Oleaga, Marisa, *El Hilo Rojo. Palabras y prácticas de la Utopía en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2009.

¹⁴ León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas...* op. cit.

¹⁵ Camas, Victoriano, “El comunitarismo como estilo de vida en vías de desaparición”, *Sociología del Trabajo. Nueva época*, 82 (2014), pp. 51-72.

¹⁶ Lissorgues, Yvan, *El siglo XIX: el siglo de los posibles. Utopías y pensamiento utópico*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009.

territorio español, pero todos fracasaron¹⁷. Así, exceptuando las revolucionarias iniciativas sindicales, cooperativas y asociacionistas que se desarrollaron en España durante el último tercio del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX, trascendentales en su futuro, la genealogía de los experimentos sociales en pos de una o varias utopías llevados a cabo de forma comunitaria en este país, que nunca tuvo una gran tradición en él, no germina hasta los últimos años del régimen dictatorial de Franco, tras el cual comenzó a proliferar por todo el territorio nacional, gracias a la desaparición del férreo aparato de control y censura que impedía su existencia en él y al aperturismo de España a la vasta multiplicidad de transformaciones en las que se hallaba gran parte del planeta en la última fase del capitalismo, la de la consumación de la globalización y la posmodernidad¹⁸.

4. COMUNIDADES UTÓPICAS EN LA HISTORIA RECIENTE DE ESPAÑA

La libertad a la que tuvo acceso la sociedad española, la influencia de la contracultura en la juventud, desencantada con los resultados de la transición de la dictadura a la democracia en el país, y la creciente movilización social por numerosos derechos sociales fueron los principales catalizadores en la conformación de los múltiples experimentos alternativos basados en la comunidad y en la utopía que comenzaron a multiplicarse progresivamente a partir de la década 1980¹⁹ y que sentaron las bases del comunitarismo utópico en España, donde no ha dejado de crecer y evolucionar a lo largo del siglo XXI.

4.1. La irrupción

Primero fueron los asentamientos hippies, numerosos en Ibiza y ciertas zonas de la Andalucía oriental durante la década de 1970. Compuestos comúnmente por personas de otros países, su influencia en los sectores más alternativos de la sociedad española fue, junto a la contracultura,

significativamente importante en el desarrollo de las primeras comunas urbanas que se crearon en las grandes ciudades del país –destacando entre ellas Madrid, Barcelona, Bilbao, Zaragoza o Sevilla–, iniciativas compuestas generalmente por jóvenes de clase media que, desilusionados con el modelo de sociedad imperante en España, pusieron en práctica formas-de-vida alternativas al mismo, experimentos guiados por la consecución de diferentes utopías de forma comunitaria²⁰.

Tras la experiencia hippie, el movimiento comunal que empezó a desarrollarse en el país de forma paralela a la “transición española” fue profundamente heterogéneo y contradictorio, con experiencias de todo tipo, desde

“el simple piso de estudiantes hasta los comuneros que se reclaman ‘marxistas-leninistas’, pasando por autónomos, anarquistas, tántricos o ‘artistas’, todos estos y muchos más, combinación de algunos de ellos, dan origen a las más complejas y diversas manifestaciones de vida comunitaria”²¹.

Por ello, el significado de “comuna” en este período no es unívoco. Al contrario, es un concepto que aglutina los múltiples

“ensayos que buscaron superar las formas-de-vida hegemónicas alumbrando modos de convivencia al margen de la familia tradicional y de la sociedad occidental”²².

Sin embargo, a pesar de la diversidad de las nuevas utopías comunitarias en España, éstas tenían varias características en común. Todas ellas estaban compuestas por personas que se adscribieron a la contracultura y al movimiento de las comunas que se inició en Estados Unidos y Europa occidental durante la década de 1960. Todas forman parte de un vasto sistema cultural opuesto a la sociedad establecida en su totalidad²³. Todas se crearon para vivir de forma alternativa a esa sociedad y darle forma a las utopías económicas, políticas, sociales y culturales de sus integrantes, entre las que destacan la soberanía alimentaria, la autosuficiencia, el cooperativismo, la auto-

¹⁷ Elorza, Antonio, *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza editorial, 1970.

¹⁸ Morán, Agustín (coord.), *El movimiento antiglobalización en su laberinto. Entre la ‘nube de mosquitos’ y la izquierda parlamentaria*, Madrid, Libros de la catarata, 2003.

¹⁹ Toledo, Luis, “Las comunas, ‘laboratorios’ utópicos de la primera juventud posfranquista”, *Actas del XIV Congreso. Asociación de Historia Contemporánea. Del siglo XIX al XXI. Tendencias y Debates* (2018), pp. 94-105.

²⁰ Ibid.

²¹ Ajoblanco, 1977, p. 30.

²² Toledo, Luis, “Las comunas, ‘laboratorios’ utópicos... op. cit., p. 100.

²³ Carandell, Josep María, *Las comunas, alternativa a la familia*, Barcelona, Tusquets, 1972, p. 12.

nomía, el consenso, la horizontalidad social, la sostenibilidad, la ecología, la libertad, la cultura libre y la vida comunitaria, unos medios y unos fines prácticamente novedosos en España, donde el régimen franquista se cuidó muy bien de perseguir cualquier alternativa opuesta al orden establecido por el mismo. Y con la disolución

“del significado antiguo de militancia, basado en el sacrificio personal en aras del advenimiento del hecho revolucionario, se volca[ron] a la transformación radical de su vida personal [haciendo que] la utopía deja[r]a de alojarse en el futuro para intentar materializar[la] con urgencia en el presente”²⁴.

En este sentido, como plantea Luis Toledo²⁵, las comunas pasan de ser referentes lejanos cronológica (la revolución española) o geográficamente (el hipismo norteamericano, los experimentos alemanes...) a convertirse en una realidad en las ciudades –y también en el mundo rural–, erigiéndose de esta manera en una de las principales vías de escape al conflicto económico, político, social, cultural e institucional que la nueva situación en España suponía para una parte considerable de la juventud, por medio de proyectos de vida que buscaban cuestionar y subvertir el conjunto del cuerpo social vigente en el país.

La mayoría de estas experiencias pioneras en el país son urbanas. Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Bilbao, Granada, Mallorca y las áreas metropolitanas de estas ciudades fueron las sedes de las primeras comunas en España²⁶, motivadas por la búsqueda de libertad en espacios en propiedad, alquilados u ocupados –porque en esta época, en paralelo al movimiento de las comunas en el país, surge también el movimiento de okupación–. Y junto a ellas también, aparece una nueva iniciativa comunitaria y utópica, el centro social –okupado o autogestionado–, muy importante en el desarrollo y la dinamización de los aspectos más radicales de los nuevos movimientos sociales (convencionalmente reducidos al ecologismo, el pacifismo o el feminismo), pero también de otros más marginales y alternativos, como la autonomía estudiantil y obrera, la contrainformación, el antifascismo,

²⁴ Toledo, Luis, “Las comunas, ‘laboratorios’ utópicos...” op. cit., p. 95.

²⁵ Ibid., p. 98.

²⁶ Martínez, Miguel, *Okupaciones de viviendas y de centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*, Barcelona, Virus, 2002.

la contracultura o la solidaridad con presos e internacional²⁷.

Y aunque la ciudad fue el escenario principal de las comunas, su formación no fue un fenómeno exclusivamente urbano. Pues también penetró, con varios centenares de iniciativas²⁸, en el ámbito rural, desolado tras el éxodo que había tenido lugar en la época desarrollista, planteando alternativas para su repoblación con nuevas formas-de-vida de carácter comunitario y enfrentándose así al imaginario del progreso en el cual se seguía cimentando el régimen posfranquista²⁹.

Compuestas por personas que buscaban huir de la complejidad del ámbito urbano y de su sociedad y construir en el campo una vida más sencilla y más humana³⁰, estas experiencias comunitarias en el ámbito rural eran simplemente una continuación de lo que se estaba haciendo en la ciudad, prácticamente con los mismos perfiles sociales y unos medios y unos fines muy similares a los de las comunas urbanas, sólo que el contexto rural lo sobredimensionaba todo en ellas –los problemas, las necesidades, las obligaciones, el trabajo, los vínculos–, aunque también lo simplificaba, con unas relaciones más fluidas, unos saberes más sólidos basados en la praxis, una menor influencia de la gran multiplicidad de dispositivos –los discursos, la ideología, las instituciones, las leyes, la justicia, las medidas administrativas, los enunciados científicos, las proposiciones filosóficas y morales, la política, la educación, la familia, la cultura, la imagen o la mercancía– por los que se rige la sociedad de la globalización³¹ y una mayor autonomía a la hora de organizar y gestionar el territorio en el que se asentaban y la vida en él.

Así, en una línea muy parecida a la de las primeras comunas hippies en el país, desde finales de la década de 1970, se conformaron varias utopías comunitarias rurales en diferentes regiones

²⁷ Martínez, Miguel, “El Movimiento de Okupaciones. Contracultura Urbana y Dinámicas Alter-Globalización”, *Revista de Estudios de Juventud*, 76 (2007), p. 225.

²⁸ Ajoblanco, 1977, p. 33.

²⁹ Toledo, Luis, “Las comunas, ‘laboratorios’ utópicos...” op. cit., p. 101.

³⁰ Ibid., p. 101.

³¹ Tiqqun, *Tiqqun. Organe conscient du Parti Imaginaire. Exercices de Métaphysique Critique*, París, Autodición, 1999.

del país, como Navarra, Aragón y Catalunya³². Entre estas primeras experiencias destacan las okupaciones de la localidad rural de Gallecs, a veinte kilómetros de Barcelona, o los proyectos de Lakabe en Navarra y Aineto en Huesca, dos pueblos abandonados debido al fuerte éxodo rural del tercer cuarto del siglo XX en España que fueron rehabilitados en 1980 y siguen en pie desde entonces, si bien hubo muchas iniciativas más, previas, contemporáneas y posteriores a éstas, muy importantes también en la expansión de las comunas por todo el país, como podemos comprobar si analizamos detenidamente el apartado de correspondencia de la primera etapa de la revista *Ajoblanco*, en el que participaron numerosas experiencias comunitarias de la época para establecer contacto entre sí.

Y con ellas se amplió el campo de acción del movimiento de okupación en España, se sentaron en el país, casi inconscientemente —porque los referentes teórico-prácticos de estas experiencias giraban en torno al concepto de comuna—, las bases del “neorruralismo” y el “neocomunitarismo” y, por ende, se desarrollaron en él nuevas teorías y nuevas prácticas relacionadas con la comunidad y la utopía. Porque todas se organizaron en comunidad para perseguir y construir numerosas utopías, muy similares a las del comunitarismo utópico urbano, pero en el campo, donde sus integrantes creyeron que podrían alcanzar más fácilmente sus metas con sus propios medios.

4.2. El asentamiento

Si el período que comprende la segunda mitad de la década de 1970 y la primera de la década de 1980 es la etapa en la que el comunitarismo utópico comienza su andadura en la historia reciente de España, el que le sigue será el de su consolidación y su crecimiento en gran parte del país, la fase histórica en la que estas experiencias novedosas toman consciencia de sí mismas —y su relación con la utopía, la comunidad, la sostenibilidad, el ecologismo y todas las causas sociales que defienden— y comprenden que la unión hace la fuerza —independientemente del éxito o de los problemas para subsistir—, y en la que comienzan a desarrollarse los primeros trabajos teóricos en torno a su razón de ser, su identidad y su relación con el pasado³³.

³² Martínez, Miguel, *Okupaciones de viviendas...* op. cit.

³³ León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas...* op. cit.

Aunque un buen número de las primeras experiencias comunitarias que se iniciaron en el campo no fructificaron, hubo territorios en los que sí prosperaron, e incluso se multiplicaron, como ocurrió en el norte de Huesca y el este de Navarra, donde los proyectos en los pueblos de Aineto y Lakabe se erigieron a la cabeza del comunitarismo utópico, secundado el primero por iniciativas como las de Ibort, Artosilla, Mipanas, Fragnet, Ruesta, Griébal, Aldea de Puy de Cinca, Clamosa, Lapenilla, Campol, Sasé, Solanilla o Burgasé y el segundo por experiencias como las de Galdurotz, Argiñariz, Zanduet, Osa, Javerri, Rala, Artanga o Aritzuren. Un éxito por el que aumentó, lenta pero progresivamente, la creación de este tipo de proyectos en Catalunya, Castilla y León, la Comunidad de Madrid, Extremadura, Castilla-La Mancha y Andalucía.

Su expansión, los debates jurídicos que despertaron y el impacto positivo de estos nuevos asentamientos en los territorios en los que se desarrollaron³⁴, hicieron necesaria la creación de una red de comunidades utópicas rurales, la cual se tejió en 1984, con el congreso Encuentro sobre Pueblos Deshabitados³⁵, se consolidó en 1987, con la creación del Movimiento Alternativo Rural³⁶, y no dejó de crecer a lo largo de la década de 1990, con nuevos proyectos, como la Federación Anarquista de Colectividades del Campo, los diferentes eventos celebrados por el colectivo Malayerba de Madrid y sus trabajos

³⁴ Morales, Beatriz, *Para una sostenibilidad alternativa: Soberanía Alimentaria, la sinergia del ecodesarrollo rural en Aragón* (Trabajo Fin de Máster), Alicante, Universidad de Alicante, 2018.

³⁵ Celebrado en el Palacio de Congresos y Exposiciones a instancias del Ministerio de Cultura para abordar en él algunas de las principales preocupaciones de las nuevas comunidades rurales y al que asistieron profesionales de diversos campos —geógrafos, arquitectos, sociólogos, agrónomos, economistas, etc.— y diferentes colectivos en la revitalización de numerosos pueblos por todo el país, destacando entre ellos, por nombrar unos cuantos, los representantes de Lakabe, Aineto, Abioncillo (Soria), Espejo de Tera (Soria), Sarnago (Soria), El Calabacino (Huelva), Escalera (Guadalajara), La Vereda (Guadalajara), Matallana (Guadalajara), La Artejuela (Castellón), la Comunidad del Arco Iris (Navarra), la Comunidad del Arca (Navarra y Albacete), la Comunidad Antroposófica (Cantabria), Taller 7 (León), Mataveneros (León), Los Portales (Sevilla) y Ossera (Lleida).

³⁶ Una red que, a pesar de no perdurar mucho en el tiempo, contribuyó sobremanera a la coordinación de la multitud de proyectos que siguieron apareciendo en los estertores del siglo XX y los albores del XXI.

de investigación y difusión o el creciente número de encuentros entre utopías comunitarias rurales que se celebraron por todo el país en dicha década³⁷. Una tendencia asociativa secundada por la proliferación de nuevos proyectos bastante anárquica e informal que, sin embargo, funcionaba y operaba cada vez mejor y con mayor constancia, independientemente del éxito o del fracaso de los múltiples proyectos que le daban forma al comunitarismo utópico en España.

Así, como podemos comprobar, y a pesar de los diferentes avatares a los que tuvieron que hacer frente, las comunidades utópicas en el ámbito rural español no dejan de progresar en la última fase del siglo XX, una progresión que cierra esta etapa con dos nuevas propuestas muy importantes en su expansión: la revista *La llamada del cuerno* (2000-2018), un boletín con periodicidad variable elaborado por las propias personas de cada comunidad donde se recogen las actividades, las reflexiones de algunos colectivos y diferentes artículos sobre diferentes cuestiones relacionadas con la utopía rural³⁸; y el surgimiento, en noviembre del año 2001, de la Red Ibérica de Ecoaldeas³⁹, de la que hablaremos más adelante; sin olvidar el papel de los Encuentros estatales de Pre-okupación y Agitación rural (2002).

En la ciudad, el proceso de movilización de la utopía en comunidad fue prácticamente igual

³⁷ Como los primeros encuentros de okupación rural celebrados en Minas de Arditurri (1996), el primer Encuentro de Espacios Liberados del Sur, en Almería (Málaga), el Encuentro Intergaláctico Final en el Indiano (1997), el Encuentro de Okupación Rural de Aritzuren (1997), el Encuentro de Okupación rural celebrado en 1998 en Mayans, aldea de la alta Garrotxa, en el pirineo catalán o los primeros encuentros estatales de ecoaldeas, activos desde 1998, por nombrar unos cuantos.

³⁸ Ruiz, Francisca, *Alternativas y resistencias desde lo rural-urbano: aproximación al estudio de las experiencias comunitarias agroecológicas* (Tesis Doctoral), Córdoba, Universidad de Córdoba, 2012, p. 68.

³⁹ Tras la feria de Biocultura de Madrid, donde se organizó la primera asamblea constituyente, con la participación de los colectivos Amayuelas (Palencia), La Carrucha Cultural (Huesca), La Osa (Asturias), Permacultura Montsant (Tarragona), Valdepiélagos (Madrid), Matavenero (León), La Garrotxa (Girona), Vetonía (Salamanca), Jardines de Acuario (Murcia), GEA, Bajo el Asfalto está la Huerta (Madrid), Cosas de la Luna (Madrid), Mas Noguera (Castellón), Los Arenales (Málaga), Más Lluerna (Lérida), El Pardal (Jaén), Habioclima (Lérida), Valberzoso (Palencia), Asociación Macrobiótica PAM (Huesca) y Equi-libre (Tarragona).

al del ámbito rural español de finales del siglo XX. Y el movimiento de okupación, motivado en sus inicios por propósitos contraculturales, ambientales y vecinales, se convertirá en uno de los principales medios para la construcción de utopías comunitarias urbanas a partir de la década de 1980,

“justo cuando acontece la primera crisis importante del movimiento vecinal y ciudadano que protagonizó gran parte del período de Transición del régimen dictatorial al democrático”⁴⁰.

Un movimiento que crece progresivamente a mediados de dicho decenio⁴¹ y entra, a partir de la década de 1990⁴², en estrecho contacto con otras formas de activismo social, como el movimiento feminista, el movimiento estudiantil o el movimiento por la paz⁴³, secundado, como ocurrió en el campo, por diferentes publicaciones escritas alternativas adscritas a la contracultura, al anarquismo y a la contrainformación.

Es tal el crecimiento de la okupación que el estado español reformó en 1995 el Código Penal para hacer frente a la misma, una acción que, lejos de frenarla, fue un impulso para la misma. De hecho, según Robert González⁴⁴, independientemente de la nueva ley, en 1996 empieza la edad de mayor esplendor del movimiento okupa en España, hasta el año 2000, en la que la okupación se hace fuerte en el ámbito urbano y forma parte de todas las acciones del activismo radical en las grandes ciudades del país. Tanto es así que en esta etapa de crecimiento de casas okupas en la ciudad, surgen también numerosas okupas que se abrieron a su entorno y empezaron a denominarse como centros sociales okupados para enfatizar su carácter abierto y social frente a la

⁴⁰ Martínez, Miguel, “El Movimiento de Okupaciones...”, op. cit., p. 225.

⁴¹ Con notables ejemplos, como *Amparo 83* (1985-1987) y el CSOA *Minuesa* (1988-1994) en Madrid, el Ateneo de Cornellá (1986-2003), la *Kasa de la Muntanya* en Barcelona (1989), la *Casa de la Paz* de Zaragoza (1987-1993) y los gaztetxes vascos y navarros, destacando entre ellos la *Gazteizkio Gaztetxea* de Victoria, activa desde 1988.

⁴² Martínez, Miguel, *Okupaciones de viviendas...* op. cit., p. 144.

⁴³ González, Robert, “From the Squatters’ Movement to Housing Activism in Spain: Identities, Tactics and Political Orientation”, en Martínez, Miguel et al., *Contested Cities and Urban Activism*, Londres, Palgrave MacMillan, 2019, pp. 175-197.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 181.

tendencia la sectorización y al aislamiento del movimiento okupa⁴⁵, en el que un gran parte de las personas adscritas al mismo es partidaria de no llamar la atención pública para evitar problemas con la propiedad de los espacios okupados y las autoridades de los territorios en los que se asientan.

4.3. Siglo XXI

El último siglo de la historia, en el que la globalización culmina en España y las crisis derivadas del capitalismo se hacen permanentes en el país, cuando el consumismo, el pensamiento único, el individualismo y la pérdida de vínculos no dejan de crecer entre la población⁴⁶ y gran parte de las amenazas climáticas que se denunciaron en el siglo XX son una realidad, es el período histórico en el que la utopía comunitaria se consolida en territorio español.

Frente a ello, en el siglo XXI también crece la preocupación por la comunidad, lo comunitario y el valor de lo común y los comunes⁴⁷. En los ámbitos de la filosofía, la economía, la pedagogía, la sociología, la antropología, la política –local, comarcal y nacional–, la geopolítica, la biología, la publicidad, etc. Una reacción neocomunitaria que elimina la idea de que lo comunitario es algo del pasado, autoritario y retardatorio, sólo posible en sociedades tradicionales; difumina al máximo el discurso de lo público y lo privado como esferas enfrentadas y separadas; y abre importantes brechas en las preconcepciones de la sociedad de la globalización, pero sin renunciar al contacto con ella y los múltiples dispositivos que gobiernan su organización⁴⁸. Y con esta nueva ola comunitaria y las utopías y el utopismo de las experiencias que buscaban alcanzar éstas intentando pasar de la abstracción de sus sueños a la concreción material de los mismos, surgieron nuevas líneas de pensamiento y acción en el universo de las comunidades de la historia reciente, que no dejan de evolucionar y adaptarse a su contexto.

⁴⁵ González, Robert et al., “Movimientos de okupación y políticas públicas urbanas. Los casos de Madrid, Barcelona y Bilbao”, *Revista especializada en investigación jurídica*, 5 (2019), p. 15.

⁴⁶ Comité Invisible, *L'insurrection qui vient*, París, La Fabrique Éditions, 2007.

⁴⁷ León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas...* op. cit.

⁴⁸ Alonso, Luis Enrique, “Neocomunitarismo y transformación de los nuevos movimientos sociales”, *Tabanque. Revista pedagógica*, 10 (1994), pp. 40-41.

En este período, el movimiento de okupación experimenta diferentes y notables cambios en su lucha por recuperar espacios cerrados para hacer frente al problema del acceso a la vivienda en España y combatir la especulación inmobiliaria en el mercado de bienes inmuebles del país –y la gentrificación en el caso de la gran ciudad y los principales destinos turísticos–. No deja de evolucionar, crece cuantitativa y cualitativamente, consolida sus estructuras teórico-prácticas, genera nuevas redes de cooperación, se especializa y entra en contacto con otras alternativas sociales. Así, a comienzos del siglo XXI, la okupación adopta las premisas de los movimientos antiglobalización⁴⁹, su campo de acción empieza a desarrollarse más allá del activismo urbano, colaborando con otros movimientos sociales más moderados, y crece exponencialmente en el país en los tres últimos lustros del siglo actual debido a la movilización y a la concienciación social frente a la crisis financiera del año 2008 y sus consecuencias⁵⁰ a la par que entra en una nueva fase, mucho más compacta y generalizada, independientemente de todas las sensibilidades que hay a su interior.

En el ámbito rural, el comunitarismo utópico también se consolida y continúa creciendo en el siglo XXI. En Aragón, en Navarra, en Euskadi, en Catalunya, en Castilla y León, en Castilla-La Mancha, en Andalucía, en Galicia, en todas las comunidades autónomas surgen comunidades utópicas rurales, que prosiguen con sus encuentros, fortalecen sus redes de apoyo y cooperación e incrementan su relación activa con las principales alternativas teórico-prácticas frente al contexto político, económico, social y cultural de las dos primeras décadas del siglo actual. Y si entre las primeras comunidades utópicas españolas importaba más la praxis que la teoría, a partir del siglo XXI, las utopías comunitarias intentan enriquecer sus acciones con profundos trabajos, estudios y debates teóricos sobre las principales preocupaciones y las principales reivindicaciones de las experiencias alternativas y los movimientos sociales de su época. Así, la sostenibilidad, la ecología, la autosuficiencia, la soberanía alimentaria, la sociocracia, el decreci-

⁴⁹ Martínez, Miguel (ed.), *The Urban Politics of Squatters' Movements*, Nueva York, Palgrave McMillan, 2018.

⁵⁰ Martínez, Miguel y García, Ángela, *Seminario de Historia Política y Social de las Okupaciones en Madrid-Metrópolis. Okupa Madrid (1985-2011)*, Madrid, Diagonal, 2015.

miento, la permacultura, el colectivismo o lo común se convierten en un pilar más del comunismo utópico español, aunque su relación con éste fue intrínseca desde los orígenes del mismo.

Además, tanto en la ciudad como en el campo, surgen iniciativas completamente novedosas, nuevos modelos de construir utopías en comunidad y alcanzar la comunidad a través de la utopía y el utopismo: el cooperativismo de vivienda en el ámbito urbano, basado en el derecho de uso de las viviendas de cada proyecto y en la construcción de un proyecto de vida comunitario⁵¹ a partir de valores específicos y con un carácter intencional y colaborativo⁵² y el movimiento de ecoaldeas en el rural, fruto de la progresiva implementación de la sostenibilidad y del ecologismo en el devenir teórico-práctico del comunismo utópico español, muy importantes en la visibilización y la difusión de las iniciativas de estas experiencias, entre las que destacan el cuidado del medioambiente, la soberanía alimentaria, el decrecimiento o la permacultura⁵³. Sin ob-

⁵¹ López, Daniel y Estrada, Mariona, “Primeros pasos del senior cohousing en España”, en Ezquerro, Sandra et al. (coord.), *Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI*, Madrid, Ariel, 2016, p. 230.

⁵² Con una nómina de proyectos que no deja de crecer con iniciativas como la de Santa Clara (Málaga, 2009), Sostre Cívic (Barcelona, 2004), Jubilares (Madrid, 2012), EcoCívic (Zaragoza, 2016), Canarias Cohousing (Santa Cruz de Tenerife, 2016), Ametsak Sortzen (Bizkaia, 2018); proyectos como Santa Clara (Málaga, 2000), Servimayor (Cáceres, 2011), Profuturo (Valladolid, 2011), La Muralleta (Tarragona, 2012), Trabensol (Madrid, 2013) o Arterra Bizimodu (Navarra, 2014), las cooperativas La Borda (Barcelona, 2012), Entrepatis (Madrid, 2012), Brisa del Cantábrico (Cantabria, 2013) y Axuntase (Asturias, 2016) o las múltiples plataformas que se dedican a la divulgación, la formación, los diagnósticos, las consultorías, los acompañamientos, la facilitación, el asesoramiento técnico, la promoción, desarrollo y la gestión operativa de los proyectos de cooperativa de vivienda en España, entre las que destacan eCohousing, Cohousing Spain, Ecohabitar, Cohousing Verde, Living Cohousing, Aldeas Abandonadas o The Sociocracy Group.

⁵³ Un movimiento por el cual se crea en 2001, a imagen y semejanza de la Global Ecovillage Network, la Red Ibérica de Ecoaldeas, una red de estructuras comunitarias colectivas y dinámicas con una visión común y un sueño compartido que tratan de crear una cultura integradora de los aspectos ecológicos, sociales, económicos, políticos, tecnológicos, culturales, espirituales, etc., para fomentar con ello el desarrollo de asentamientos sostenibles –humana, ecológica y económicamente–. Una red con decenas de asentamientos por gran parte de la Península Ibérica que co-

viar la irrupción del “rurbanismo”, el término con el que se definen las prácticas tradicionalmente asociadas al medio rural que se dan en espacios urbanos, un concepto que surge desde los movimientos sociales, especialmente de algunas experiencias de okupación, como un intento de nombrar las nuevas expresiones que intentan aglutinar lo rural y lo urbano⁵⁴.

CONCLUSIÓN

Sin apenas referentes espacio-temporales en un país en el que la organización político-económico-socio-cultural del mismo ha sido un gran obstáculo para su desarrollo, las comunidades utópicas, sin embargo, no han dejado de crecer –cuantitativa y cualitativamente– desde su irrupción en territorio español, hasta el punto de haberse convertido en uno de los agentes históricos más dinámicos de la historia reciente de España, en tanto en cuanto gran parte de sus reivindicaciones –por el cuidado del medioambiente, la sostenibilidad ecológica, la economía social, la democracia participativa, el derecho a la vivienda, el respeto a la diversidad, la cultura libre y la libertad autónoma– y de sus prácticas para afrontar los graves problemas de la globalización en el contexto actual se han convertido, respectivamente, en los principales propósitos y los principales modelos de acción de la agenda política y social del presente. Tanto es así que estas experiencias, en su multiplicidad de manifestaciones –pueblos okupados, pueblos cedidos, espacios públicos gestionados por el vecindario, *okupas*, centros sociales okupados autogestionados, centros sociales autogestionados, cooperativas de vivienda, ecoaldeas, comunidades espirituales, etc.– se cuentan por centenares en el país, con presencia en todas las provincias del mismo.

Aunque el influjo de la dictadura franquista en la sociedad española permaneció –y permanece– en numerosos ámbitos de la vida, los profundos cambios de la nueva etapa en la que entró España a finales de la década de 1970 –ya incluso en la última etapa del régimen de Franco– y la influencia de las luchas sociales en países como Estados Unidos, México, Inglaterra, Alemania o Francia facilitaron la proliferación de numerosos experimentos sociales alternativos en territorio español, entre los que las utopías comunitarias,

labora con el resto de comunidades utópicas y redes sociales alternativas.

⁵⁴ Ruiz, Francisca, *Alternativas y resistencias*, op. cit., p. 57.

que adoptaron los planteamientos teórico-prácticos de estas luchas y los adaptaron con nuevas fórmulas al contexto español, fueron una de las propuestas más novedosas y vanguardistas. Porque fueron pioneras en la repoblación sostenible de los pueblos del interior del país y en la recuperación y la reutilización de edificios vacíos en las ciudades; estuvieron a la cabeza en el desarrollo de economías y políticas alternativas –basadas en el consenso, la horizontalidad, la defensa de lo local, el ecologismo, la acción directa, la soberanía alimentaria o el comercio de cercanía–; lideraron el fomento de la cultura libre, la educación consciente, el aprendizaje práctico y unas relaciones sociales en las que la cooperación, el respeto, los afectos y los cuidados lo son todo; y su presencia en el país fue determinante en la conjugación de una gran variedad de saberes y prácticas del pasado con los planteamientos teórico-prácticos más contemporáneos –sin importar si son tradicionales o revolucionarios, modernos o posmodernos–.

Así, aunque su devenir en el país es relativamente nuevo, las comunidades utópicas se han erigido como una de las principales alternativas para afrontar y hacer frente a algunos de los problemas más importantes de la historia reciente –como el cambio climático, la precariedad, el individualismo, el consumismo, el machismo, el racismo o la pérdida de libertades–. Y lo han hecho, no obstante, fortaleciendo la cadena histórica de la movilización social –tanto en España como a nivel global–, como un engranaje más de la misma. Porque todas ellas, de una forma u otra, consciente o inconscientemente, son herederas del comunitarismo, del cooperativismo, del asociacionismo y del colectivismo y guardan una estrecha relación con las luchas sociales más significativas de la historia –como la lucha social, las luchas por los derechos sociales, los movimientos vecinales, el feminismo, el antirracismo, el ecologismo o el pacifismo–.

Por ello es importante fortalecer el estudio histórico de estos entramados. Por la genealogía histórica que representan, perteneciente a esa parte de la Historia que todavía no ha sido escrita –bien porque no ha sido documentada, bien porque su legado se ha transmitido por otros medios– y que, sin embargo, guarda información de gran relevancia sobre la evolución histórica de España –a nivel local, comarcal, regional y nacional– y la historia global en general. Por todas las nuevas lecturas que ofrecen para analizar desde otras perspectivas el devenir del pasado al pre-

sente. Y por todas las herramientas que generan para afrontar las múltiples vicisitudes de los diferentes contextos en los que se desarrollan –tanto en el presente como en el futuro–, las cuales son claros ejemplos de la potencia de la vida en comunidad para hacer frente a los problemas inherentes al paradigma de vida en sociedad por el que se caracteriza el contexto actual y construir utopías de forma autónoma.

Profundizar en la historia de las comunidades utópicas es ahondar en el conocimiento sobre la evolución de los territorios en los que se asientan, el desarrollo de la gran variedad de corrientes teórico-prácticas que plantean y pretenden la construcción de formas de ser-vivir-pensar-hacer alternativas a las de la sociedad globalizada y la evolución de dicha sociedad –en su multiplicidad de estratos– y del modelo político-económico-socio-cultural por el cual se organiza ésta, la sucesión de transformaciones de los movimientos sociales a los que pertenecen las utopías comunitarias, etc. Toda la cultura material e inmaterial que conservan, todo cuanto plantean y generan con sus propuestas teórico-prácticas, y todos los debates que suscitan son interesantes fuentes documentales para el estudio de la Historia. Y en el caso de la historia reciente de España, en la que este tipo de experiencias no ha dejado de crecer y progresar, el examen minucioso de las comunidades utópicas tiene mucho que aportar en su análisis.

Disciplinas como la antropología, la filosofía o la sociología han hecho grandes avances en la investigación de las utopías comunitarias. Pero queda mucho por hacer. Y la historia cuenta con importantes recursos y grandes medios para indagar en la exégesis crítica de las comunidades utópicas y acceder a una de esas partes de la Historia que aún desconocemos, herramientas entre las que destacan las metodologías de la historia social, la historia local, la historia oral, la microhistoria, la historia desde abajo, la historia cultural, la historia de las ideas, la historia estructuralista o la historia ambiental, todas ellas prácticamente imprescindibles en su estudio –como es el caso, por ejemplo, de la historia oral, sin la cual es muy difícil acceder a la gran cantidad de fuentes históricas que custodia la memoria colectiva de las múltiples experiencias que persiguen y construyen utopías en comunidad– y con un gran potencial para, por qué no, construir una historia del futuro –en tanto en cuanto la historia de las comunidades utópicas y sus resultados pueden ayudar sobremedida a la hora de afrontar los retos del porvenir–.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Luis Enrique, “Neocomunitarismo y transformación de los nuevos movimientos sociales”, *Tabaque. Revista pedagógica*, 10 (1994), pp. 25-42.
- Bohovslasky, Ernesto y González de Oleaga, Marisa, *El Hilo Rojo. Palabras y prácticas de la Utopía en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2009.
- Camas, Victoriano, “El comunitarismo como estilo de vida en vías de desaparición”, *Sociología del Trabajo. Nueva época*, 82 (2014), pp. 51-72.
- Carandell, Josep María, *Las comunas, alternativa a la familia*, Barcelona, Tusquets, 1972.
- Comité Invisible, *L’insurrection qui vient*, París, La Fabrique Éditions, 2007.
- Elorza, Antonio, *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza editorial, 1970.
- Escorihuela, José Luis, *Camino se hace al andar. Del individuo moderno a la comunidad sostenible. Manual para transicioneros*, Samos, Editorial Nou, 2008.
- González, Robert, “From the Squatters’ Movement to Housing Activism in Spain: Identities, Tactics and Political Orientation”, en Martínez, Miguel et al., *Contested Cities and Urban Activism*, Londres, Palgrave MacMillan, 2019, pp. 175-197.
- González, Robert et al., “Movimientos de okupación y políticas públicas urbanas. Los casos de Madrid, Barcelona y Bilbao”, *Revista especializada en investigación jurídica*, 5 (2019), pp. 8-38.
- Holloway, Mark, *Heavens on Earth: Utopian Communities in America, 1680-1880*, Massachusetts, Courier Corporation, 1966.
- León, Javier, *Antropología de las comunidades utópicas. Perspectiva comparada de proyectos alternativos para un planeta finito* (Tesis Doctoral), Sevilla, Universidad de Sevilla, 2018.
- Lissorgues, Yvan, *El siglo XIX: el siglo de los posibles. Utopías y pensamiento utópico*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009.
- López, Daniel y Estrada, Mariona, “Primeros pasos del senior cohousing en España”, en Ezquerro, Sandra et al. (coord.), *Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI*, Madrid, Ariel, 2016, pp. 227-237.
- Martínez, Miguel, *Okupaciones de viviendas y de centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*, Barcelona, Virus, 2002.
 - “El Movimiento de Okupaciones. Contracultura Urbana y Dinámicas Alter-Globalización”, *Revista de Estudios de Juventud*, 76 (2007), pp. 225-243.
 - (ed.), *The Urban Politics of Squatters’ Movements*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2018.
- Martínez, Miguel y García, Ángela, *Seminario de Historia Política y Social de las Okupaciones en Madrid-Metrópolis. Okupa Madrid (1985-2011)*, Madrid, Diagonal, 2015.
- Melville, Keith, *Las comunas en la contracultura. Origen, teorías y estilos de vida*, Barcelona, Kairós, 1975.
- Morales, Beatriz, *Para una sostenibilidad alternativa: Soberanía Alimentaria, la sinergia del ecodesarrollorural en Aragón* (Trabajo Fin de Máster), Alicante, Universidad de Alicante, 2018.
- Morán, Agustín (coord.), *El movimiento antiglobalización en su laberinto. Entre la ‘nube de mosquitos’ y la izquierda parlamentaria*, Madrid, Libros de la catarata, 2003.
- Peters, Volker y Stengel, Martin, *Eurotopia directory: Intentional Communities and Ecovillages in Europe*, Beetendorf, Ökodorf Sieben Linden, 2005.

- Pro, Juan, “Por una historia de las comunidades utópicas: lo que le debemos al ‘socialismo práctico’ de Cardias”, *Congreso internacional Comunidades intencionales: utopías concretas en la historia*, 2021 (Madrid, Centro Cultural La Corrala, 25-27 de octubre 2021).
- Ruiz, Francisca, *Alternativas y resistencias desde lo rural-urbano: aproximación al estudio de las experiencias comunitarias agroecológicas* (Tesis Doctoral), Córdoba, Universidad de Córdoba, 2012.
- Sargent, Lyman, “The Three Faces of Utopianism Revisited”, *Utopian Studies*, 5 (1994), pp. 1-37.
- Tiqqun, *Tiqqun. Organe conscient du Parti Imaginaire. Exercices de Métaphysique Critique*, París, Autoedición, 1999.
- Toledo, Luis, “Las comunas, ‘laboratorios’ utópicos de la primera juventud posfranquista”, *Actas del XIV Congreso. Asociación de Historia Contemporánea. Del siglo XIX al XXI. Tendencias y Debates* (2018), pp. 94-105.
- Wright, Erik Olin, *Envisioning real utopias*, Londres, Verso, 2010.

